Amarga caña de azúcar

- La otra España, donde los olvidados son invisibles: una cruda y real vida la de los emigrantes de todos los tiempos -

Aurora Ponferrada

Amarga caña de azúcar

- La otra España, donde los olvidados son invisibles: una cruda y real vida la de los emigrates de todos los tiempos -

Aurora Ponferrada

AVANT
editorial

Primera edición, agosto de 2025
©Aurora Ponferrada, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-12-8
THEMA: FB - FBA - FV
DEPÓSITO LEGAL:M-17318-2025

A mis compañeros del taller de escritura
y lectura de San Roque, Cádiz,
por el apoyo recibido y las gratas tardes del viernes
que hemos compartido y seguiremos compartiendo.

A mi familia
Y, especialmente, a mi amiga Concha

«Si quieres conocer el pasado, entonces mira tu presente, que es el resultado. Si quieres conocer tu futuro, mira tu presente, que es la causa».

Siddhartha Gautamá (563-483 a.C.)

PRÓLOGO

Mirando en su biblioteca encontró un pequeño libro en cuya portada había un recorte como el de una fotografía y dentro de él numerosas islas muy bien perfiladas; arriba del recuadro en letras rojas ponía «Archipiélago de Hawái». Entonces lo abrió y leyó. Aquí empezó todo.

Corría el año 1976 y Lucía estaba en su último curso de doctorado en la universidad de Málaga. Pasó los años necesarios investigando, y una vez finalizado el curso tendría que presentar su tesis.

Siempre le habían atraído sus orígenes. Según lo que había escuchado en su casa, procedían de los emigrantes que a principios del siglo XX se vieron en la necesidad de marcharse dada la situación económica y política que atravesaba España, instalándose en Hawái.

Su familia tenía una plantación de caña de azúcar de proporciones medianas en Motril. Una empresa norteamericana compraba su cosecha. Después de las revueltas que había en España, la guerra de Marruecos y la Gran Guerra en ciernes que se estaba fraguando, el Estrecho era una zona inestable. El estrecho de Gibraltar estaba totalmente vigilado. El señor Wilkinson les aseveró que en aquellos años de incertidumbre su carga de caña de azúcar estaría en peligro, y tras sus deliberaciones se atrevió a plantearles que le vendiesen su hacienda. Él se la compraría, prometiéndole a su abuelo ser capataz en la suya de Hawái y su abuela la secretaria. Esa decisión no fue fácil para doña Ana, no obstante, si se iban su hija y su capataz, ¿qué futuro les esperaba? Decidieron vender su negocio y montar en el puerto de Motril

una casa de comidas. Carmen y Pedro no se fueron con una «mano atrás y otra delante»: su madre le dio a Carmen la parte correspondiente de la herencia; sabía que le iba a dar buen uso.

CAPÍTULO I

EL COMIENZO

Lucía era profesora titular, pero con la categoría de ayudante hasta que sacara su doctorado. Entonces podría realizar su propia investigación, así como programar, que era su objetivo. Su aspecto, para ser una mujer, era alta de estatura, en eso se parecía a su abuelo. Tenía un cuerpo delgado y una cara alargada, más atractiva que guapa; boca mediana y de bella sonrisa, y un bello color rosado en sus labios, así como sus ojos color avellana, esos que desprendían confianza. Tenía el cabello largo oscuro y con ondulaciones, más tirando a negro, como su madre. De vez en cuando se lo recogía, como lo hacían las pocas profesoras que había en su universidad, así ella no desentonaba.

Ella vestía más a la inglesa. Después de haber estado seis años en ese país, traía ropa inusual. Su vestuario resultaba atractivo, elegante, con trajes de chaqueta habitualmente. Resultaba más bien atrevida en este sur. Su apariencia, junto a su forma de ser, era más cosmopolita, una mujer de trato agradable. Sabía muy bien cómo actuar en distintas ocasiones. Se mantuvo en un perfil bajo y hablaba solo cuando se dirigían a ella mientras tomaba el pulso a aquella comunidad docente, como así le expresó su padre y ella supo agradecer. Era abierta y simpática cuando la situación lo requería, así que tenía a algún que otro profesor detrás suyo. Lo que ella valoraba era la inteligencia y

el compromiso con la docencia, así como con los estudiantes. Siempre o casi siempre que deambulaba por los pasillos, alguno que otro se paraba con ella para concretar o resolver alguna duda después de terminar las clases. Situaciones a lo que no estaban acostumbrados aquí —«eso para las tutorías», le decían»—, y en alguna ocasión se lo recriminaron, pero ella sabía argumentar de forma contundente. No se amilanaba antes las críticas, más bien se engrandecía. La Universidad estaba optando por otras maneras, otras formas de entender la enseñanza. La ideología con que se manejaban daba mucho a entender, inexorablemente, que las antiguas prácticas ya habían caducado.

Cuando le asignaron el director de tesis, ella lo agradeció interiormente, aunque no supo que fue él quien la eligió. Este profesor daba muestras de apertura, no estaba encorsetado a las antiguas prácticas. Con él era más ella. Su agilidad en las respuestas, sus novedosas aportaciones… con él sí que podía compartirlas; y este le aflojaba el paso para que fuese prudente. Ella se lo agradecía con una sonrisa entre socarrona y asertiva.

En sus tutorías ella, a parte de lo correspondiente a las pesquisas que él le hacía sobre su tesis, hablaban de lo divino y humano. No dudaba de cuál era su despacho, desde el cual siempre sonaba alguna melodía; eso la dirigía hacía su puerta. No es que la estancia fuese muy grande, pero había tanto libro y tantas revistas de investigación repartidos en orden que aparentaba ser más pequeño. Era un despacho de trabajo, no había que ser muy listo para intuirlo. La música daba una sensación de placidez al ambiente, cuya presencia y comportamiento hacían de aquel un lugar de feliz encuentro y trabajo. Él se pasaba su vida en aquel bloque de la universidad.

Con estos antecedentes, Lucía se enfrascó en contar la historia de su familia y de España en aquellos primeros años del siglo XX. Se centró en el proceso migratorio que en esta zona

de España se instaló hacia Hawái. Decidió empezar en Motril, la tierra de sus antepasados, donde comenzó todo. Hacía ya años que no los veía. Desde que se fue a estudiar a Inglaterra y luego sus oposiciones, no sabía de ellos. Estableció contacto con sus tíos abuelos e hijos, por parte de madre, concretamente. Estos eran mayores que ella, pero recordaban, unos más que otros, todo su pasado. Su primo Juan, hijo de Anita, rondaba los cuarenta y pico de años, con entradas y metido en carnes. Su madre ya no estaba, hacía muchos años que había muerto de cáncer, aunque ellos no mentaban la palabra «cáncer», decían de «una cosa mala», así que eso lo sabía por su abuela, que lo pasó muy mal al conocer la noticia, y su bisabuela se lo tomó peor aun: ya tampoco vivía, no soportó a su edad la muerte de su querida Anita. Una joven y entusiasta mujer, de melena rubiácea como su padre, con la que tenía sus confidencias y todos los días iba a verla con sus nietos. Pero quedaba el viudo, Leocadio, un ser sosegado, alto y delgado; y sus dos hijos, con los que pudo contactar. Y Sebastián, el hermano pequeño de su abuela, al que se llevaron los nacionalistas a Marruecos y pudo volver del frente a pesar de tener una pierna cortada. Y toda la trayectoria histórica que vivieron, con dictaduras y la Guerra Civil de por medio.

Lucía para este y otros trabajos de investigación se compró en Londres una grabadora; iba con ella a todos los sitios. Su padre, en cuanto supo de la intención de su hija, sacó un cuaderno que tenía él guardado en su mesilla y se lo entregó.

Más que un cuaderno azul, como así lo llamó su padre, era un librito de tapas azules un tanto descolorido, que cuando llegó a las manos de Lucía esta pudo comprobar que había sido usado, a saber: el cuaderno o sus hojas se veían leídas, y el olor de las páginas la transportó a los antiguos legajos que había utilizado en la universidad.

—Padre, no me habías hablado nada de este cuaderno, este no lo he visto en nuestra biblioteca. Encontré un libro que hablaba de Hawái, pero nada más —contestó entre asombrada y curiosa.

—Estos documentos me los enviaron mis hermanos junto con las cartas de unos años después de la muerte de mi madre, tu abuela. Decían que yo debería tenerlo y leerlo, ya que ellos ya lo habían hecho. Yo lo ordené y lo envié encuadernar, de esa forma no se perdería ningún documento. Y fíjate que tú, su nieta, sí le vas a sacar partido. Yo ya lo he leído, así como tu madre.

Lucía, toda emocionada, mirando y remirando encontró cartas y las reflexiones que su abuela había podido escribir. Ese librito de hojas amarillentas, ya bien por el tiempo y por el uso, hojas que su olor la transportaba a otros tiempos. Ese olor a antiguo que emite el pasar de sus hojas, y esos pequeños garabatos o tachones, reflejaban la inmediatez en su escritura.

—¡Gracias, papá! Será lo primero que lea antes de ir a ver a los tíos y primos. También quiero saber cómo vivieron ellos, todas sus vivencias entre la ida de los abuelos, las guerras, en fin, cómo vivieron ellos aquí. Empezaré rápido a leer, estoy toda fascinada.

Mientras ella iba diciendo esto, se le iluminaron los ojos con un brillo que transmitía ilusión. Sentía que era el mejor regalo que pudo obtener en esos momentos. Su padre la observaba, como cuando era niña y en la noche de Reyes Magos. Esa costumbre su abuela la mantuvo con sus hijos, y él con los suyos: les entregaban sus regalos, y sus ojos mostraban ilusión y agradecimiento. Lucía creyó tener un tesoro en sus manos que gracias a su padre perduraba intacto para ella.

Estaba acostumbrada a ver las fotos de sus abuelos en su casa, la de la boda, y después cuando nació su padre, de toda la familia. Ella observaba a su abuela delgada, pero no flaca, como

en otras instantáneas de la época; con el pelo castaño, pero elegantemente vestida; su pelo rizado, recogido en un moño bajo, aunque ella sabía que de soltera lo llevaba largo y suelto, como en las primeras fotos. Tenía un rostro del que emergía fortaleza, además de ser agraciada. Y su abuelo, de buena figura más bien robusta de tanto trabajar, y delgado, y su pelo también oscuro, tenía una buena estatura, según le contó su padre. Y ella, su hija, se parecía más a su madre, delgada y morena, con abundante pelo más bien rizado, aunque su nariz era más como la de él, más bien corta, porque la de su madre era más aguileña; no obstante, ella, obstinada y perseguidora de aquello de lo que estaba segura, más como él, se parecía a la familia paterna.

CAPÍTULO II

REFLEXIONES DE MI ABUELA

«Su memoria era como la barriga de un buque: repleta de barriles y sacos donde se acumulaban los acontecimientos de toda su existencia».

Eliza Sommers en *La hija de la fortuna*, de Isabel Allende.

La historia de su abuela Carmen iba aparejada a la crisis de principio y mitad del siglo XX, y de la Primera y Segunda Guerra Mundial. Esta última sí que le tocó de lleno, y también fue testigo indirecto de la llamada guerra civil española, en la que se enfrentaron los dos bandos, la que le afectó directamente a su familia y a toda España. Junto a la incertidumbre a causa de que no tenía noticias de sus familiares, aquella angustia la envejeció más aún. Solo sabía lo que los periódicos estadounidenses comentaban: el avance de los republicanos y su retroceso ante las acometidas de los rebeldes, sabiendo todos que fue un golpe de estado a la II República. Ahora conocemos que ambos bandos cometieron execrables crímenes.

Las consecuencias de esta Guerra Civil fueron extraordinariamente nefastas: la pérdida de tantas vidas, el descenso de la natalidad, la destrucción de tantas ciudades, y el fin de la denominada Edad de Plata de las letras y las ciencias, así como

la democracia del país. Entre la atroz represión, esta dictadura impuesta por el general Franco, que Lucía investigó, condenó severamente a los republicanos.

CARMEN

Este cuaderno que comienzo no lo realizo con la intención de que otros lo lean, es sobre todo para mí, para que yo no olvide, si llega el caso, las vivencias que estas tierras con todos los acontecimientos habidos sean rememoradas por mí. Y que cuando yo ya no esté, desaparezca o lo que quieran hacer, porque sé que mis hijos o mis nietos querrán leerlo. Y lo comienzo en plena madurez, cuando la familia ha dado un cambio y han ingresado otras personas, y seguirán llegando más, como es natural.

Recuerdo la infancia de nuestros hijos, las pequeñas travesuras que nos hacían, cuando se escondían y nosotros teníamos que salir a buscarlos, o se nos escapaban en un despiste. Cuando empezaban a leer y escribir y yo les enseñaba (Manuel fue el más tardío en leer, las matemáticas se le daban regular a Sebastián). Cuando se caían y venían corriendo para que yo les curara, y el beso, no podía faltar ese beso en la herida que parece que lo cura todo. Eso es el amor. O cuando se iban a Hilo a estudiar, ese pellizco que tenemos todas las madres cuando nuestros hijos se despegan. De aquellos primeros amores de adolescencia, porque ellos me lo contaban. O la plena juventud de mis hijos, así como su madurez en tomar decisiones, época donde los padres debemos estar muy alerta, ya que sus experiencias fuera del hogar nos son desconocidas en su profundidad.

Mis hijos mayores han ocupado nuestro lugar. Aunque ellos requieren de nuestras opiniones, siempre han hablado con libertad y han preguntado todo aquello que desconocían o querían.

Contrastar nuestra opinión les ayudaba en su madurez. Todo se decía y todo se escuchaba. Así fue nuestra vida, que espero les sirva.

Aquí estoy junto a ti, en esta loma donde hemos tenido nuestros buenos ratos de charla, donde pudimos contemplar el fruto de tanto esfuerzo, donde tomamos tantas decisiones, unas mejores que otras… pero no nos ha ido tan mal. Tus hijos han tomado tu relevo y los veo bien, ¡qué bien les enseñaste! Bueno, les enseñamos, que en esto tengo yo mi parte.

Recuerdo aquellos miedos nuestros cuando había que preparar la plantación por los huracanes, la de zanjas que hemos realizado, o cuando empezaron los movimientos de tierra y que Polunu nos apremiaba porque el volcán entraba en erupción y había que colocar las estructuras de madera con los sacos para que no cayera las cenizas en las cañas. Cuando me ponía de parto y teníamos que salir corriendo, cómo Polunu sorteaba cada bache. ¡Cuando vi por primera vez las caritas de mis niños y tú junto a mí! ¡Cuando daban sus primeros pasos, o cuando decían sus primeras palabras! O cuando Sebastián, siempre el más intrépido, se subió a aquel árbol y cayó rompiéndose un brazo.

Menos mal que realicé, en 1933 y junto a mis hijos, el viaje a España, a ver sobre todo a mi amada madre, porque después de la muerte de mi querida hermana ella envejeció muy rápidamente. Y yo haciéndome la fuerte, sobre todo para que ella se sintiera bien.

Quizás en la España de mis requerimientos no hubiese tenido esa oportunidad. Infinitas noches pensando en ellos pasé, sin ser notificado ni exteriorizado; todo estaba en mi corazón. Cuando mi hermana y madre se fueron, entonces, y solo entonces, fui consciente del tiempo pasado. Tiempo que jamás recuperaría, aunque hubiese estado junto a ellas. La vida me dio un amor y me arrebató la presencia de ese otro amor. Yo así lo

determiné, fue mi decisión, o quizás la de los dos. Ambos decidimos tomar ese rumbo hacia lo desconocido, tal vez fuese ese nuestro destino.

Recuerdo cuando el señor Wilkinson nos hizo la propuesta de comprarnos la finca y que mi Pedro fuera de capataz a la suya en Hawái, conmigo como secretaria. La de conversaciones que tuvimos. Estábamos desorientados, sobre todo mi madre. Yo lo tenía claro y Pedro también, pero la de conjeturas… Que si no sabíamos dónde íbamos, que no conocíamos sus costumbres… Por mucho que este señor nos explicaba, todo era un descomunal desconcierto, sobre todo cuando se acercó el día de irnos.

—¿De verdad que nos vamos? —te decía yo, toda compungida y desconcertada por todo lo que se nos venía encima, y tú, con plena seguridad, me decías que sí.

—Cariño, mira cómo estamos, fíjate en la situación que atravesamos, que cualquier día vendrán a por mí para la guerra de Marruecos, y entonces, ¿qué será de la hacienda y de vosotros, sin nada que vender, solo lo de España, que es poco?

—No, tú no, ¿qué haría sin ti si te llevan?

Esa fue mi verdadera determinación y así se lo hice saber a mi madre.

El señor Wilkinson realizó varios viajes a Granada para formalizar la compra de la finca y así mismo los contratos que llevábamos los dos para que pudiésemos viajar, y nos marchamos con él. Cuando fuimos a formalizar la venta en Granada nos presentamos con mi madre también, era ella la que debía firmar. A ella aquel acto le pareció como si estuviera traicionando a su familia, padres, abuelos, ¡con lo que trabajaron aquellas tierras! Pero en aquellas circunstancias poco se podía hacer. También aprovechamos nuestra estancia para comprar telas para varios vestidos que me traje, realizados por una costurera de prestigio que me los hizo todos de un tirón y en poco tiempo.

—Quiero que vayas bien vestida, con vestidos con clase, que tú no eres una pobre en busca de una oportunidad, que tú eres una señora, hija y nieta de terratenientes —remarcó mi madre.

Fueron dos meses de mucha agitación, y de por medio, todo junto, la reforma de la que sería su casa y su futuro, el local para la casa de comidas. Mucho trajín.

Los muebles para el local los compró también en Granada, y las mesas para el comedor, la cocina, los utensilios de cocina… todo menos los muebles de la casa, ella se llevó los suyos.

—Estos muebles me los llevo para la nueva casa, son buenos y no los voy a dejar aquí para que los destrocen. Esta es la herencia de mi familia desde hace un siglo, por lo menos estos muebles con los que crecí yo, y ustedes, me recordarán a mi familia siempre —dijo con contundencia, lo tenía muy claro.

Era la única manera de asirse al pasado, esos muebles que toda su vida había visto en su casa eran una forma de trenzar lazos con su familia, de agarrarse a lo conocido y vivido en esa casa, que fue también el escenario de nuestra boda. ¡Qué bien lo pasamos!

Así, el señor Wilkinson compró para la finca otros muebles para futuros arrendatarios, porque no quería dejarla abandonada. También él tuvo sus proyectos y sus indagaciones, así que dejó la caña y lo convirtió en huerto.

¡Qué pena me dio dejar la finca donde me había criado! ¡Qué desesperación vi en los ojos de mi madre cuando partió el coche y su mirada hacia la que fue la casa familiar! En ese momento me sentí más unida que nunca a ella porque yo también me iba. ¡Tanta tristeza en los primeros días! Dándonos órdenes para que colocásemos los muebles, sacáramos la ropa y la colocáramos en los armarios. Una nueva vida para todos. ¡Qué desconcierto sentíamos! Al menos, cuando nos fuimos nosotros ya funcionaba la Casa de Comidas. Recuerdo que mi madre hizo llamar al